

LAS RESEÑAS DE LIBROS ESPAÑOLES EN LAS *EFFEMERIDI LETTERARIE DI ROMA* (1772-1798)

Roma, ciudad cosmopolita por excelencia, con una rica y variada actividad editorial, con un número muy considerable de importantes bibliotecas particulares y públicas, meta de hombres de cultura de toda Europa portadores de las nuevas corrientes iluministas¹, necesitaba urgentemente un periódico literario que colmase el espacio que habían dejado las antijesuíticas *Notizie Letterarie oltramontane* (1742-1759) de los famosos hermanos Pagliarini, conocidas y suprimidas por su tendencia filojansenista².

El primer número de las *Effemeridi Letterarie*, la revista que sustituye a las *Notizie*, sale a la luz el sábado 4 de enero de 1772³. En este año, bulle en la ciudad un aire de renovación y purificación de las corrientes literarias que llevará a cabo en la secular Academia de la Arcadia el nuevo "custode generale" Gioacchino Pizzi, ayudado por el que más tarde será su sucesor, Luigi Godard. La Academia, rompiendo la larga tradición idílico-evasiva, en efecto, organiza una reestructuración de las "colonie" y una consolidación de sus estructuras jerárquicas, a la vez que procura integrarse en los nuevos contenidos y tendencias que ofrece el Iluminismo⁴.

No es una mera casualidad que la publicación de las *Effemeridi* coin-

¹ Para un panorama general, véase GIUNTELLA, *Roma nel Settecento*, Bologna, 1971, especialmente pp. 97-138.

² L. FELICI, "Giornali romani del Sette e dell'Ottocento: Notizie letterarie oltramontane poi Giornale de' letterati (1742-1759)", *Palatino*, 7 (1963), núms. 5/7; he consultado la separata. Existe una tesis de licenciatura, que no he podido ver, de M. T. MEGALE, "Il giornale de' letterati" dall'anno 1742 all'anno 1759, Facoltà di Lettere e Filosofia, Università di Roma.

³ Está formado por 8 páginas, el precio era de 12 "paoli" ai año. No hay ningún trabajo específico sobre las *Effemeridi*. Las obras que tratan el tema son: L. PICCIONI, *Il giornalismo letterario in Italia*, Torino, 1894, pp. 182-185; N. TRAFAGLIA, *La stampa italiana dal Cinquecento all'Ottocento*, Bari, 1976, pp. 312-316. Sobre los periódicos literarios en general, cf. W. BINNI, "Giornali letterari del Settecento", en *Critici e poeti del Cinquecento al Novecento*, Firenze, 1963, pp. 53-58.

⁴ I. CARINI, *L'Arcadia dal 1690 al 1890. Memorie storiche*, Roma, 1891.

cida con la reforma de la Arcadia; como ha demostrado Felici⁵, es una verdadera necesidad, porque las *Effemeridi* aparecen estrechamente ligadas a los intereses de la segunda Arcadia, y sus redactores se hacen portavoces de las nuevas tendencias y mitos del siglo de las luces: ciencia, filosofía y arqueología. Desde sus columnas las alaban y ensalzan, pero están siempre atentos para criticar y denunciar todo lo que se oponga al “buen gusto” y a los preceptos neoclásicos; en ella reflejan toda la problemática del papado de Clemente XIV, Ganganelli (1769-1774), que desembocará en el gusto neoclásico que caracterizó la Roma de Pío VI, Braschi (1775-1799) y que, como subraya el mismo Felici, en Roma aunque transcurran los años “rimane poi sempre fedele ai toni medi, oraziani e didascalici, rifiutando la soluzione più estrema del neoclassicismo omerico, idealistico e romantico”.

Otro suceso que atañe a España y que no podemos dejar de mencionar, de gran importancia política, acaecido también en este mismo año de 1772, es el inesperado nombramiento de José Moñino como Embajador de España en Roma, con la misión precisa, entre otras, de concluir el proceso de beatificación de J. Palafox y la de acelerar la abolición de la Compañía de Jesús⁶.

El prestigioso ilustrado Giovanni Lodovico Bianconi (1717-1781), fundador y creador de las *Effemeridi Letterarie di Roma* era desde 1764, en la metrópoli, ministro de Federico Augusto de Sajonia. No es ésta su primera experiencia periodística; ya unos años antes, durante su estancia en la corte de José Darmstad, Landgrave de Hesse, en calidad de médico personal (1744-1749), había fundado en Lipsia el *Journal des Savans d'Italie* (1748-1749) con el fin de difundir la cultura italiana en Alemania e informar de la situación de los estudios científicos y literarios de su patria⁷.

Los colaboradores de las *Effemeridi*, según el testimonio de Giovanni Cristofano Amaduzzi (1740-1792), colaborador exclusivamente esporádico como él mismo declara, son, amén de Bianconi, hasta 1775, el matemático Giacinto Ceruti (1735-1792); desde 1775 hasta 1778 Vincenzo Bartolucci (1753-1820); desde 1778, el matemático Gioacchino Pessuti (1743-1814), quien se hace cargo de las *Effemeridi* a la muerte de Bianconi, ocurrida en 1781⁸. Todos ellos son académicos de la Ar-

⁵ L. FELICI, “Il giornalismo romano fra Arcadia e Neoclassicismo”, *SRo*, 3 (1971), 264-273.

⁶ Fue suspendida por Clemente XIV con el breve *Dominus ac Redemptor* el 21 de julio de 1773. Sobre esto y el nombramiento de Moñino, cf. L. VON PASTOR, *Storia dei Papi dalla fine del Medioevo*, XVI, Roma, 1933, t. 2, pp. 168-225.

⁷ Sobre la biografía y bibliografía de Bianconi, cf. el artículo de E. BONORA en el *Dizionario biografico degli italiani*, 1971, t. 3, pp. 252-255.

⁸ Cf. L. FELICI, “Il giornalismo romano. . .”, pp. 265-266 y N. TRAFAGLIA, *op. cit.*, p. 312. Para los datos biográficos y bibliográficos de los colaboradores cf. el *Dizionario biografico degli italiani*; además, por lo que respecta a Ceruti y su relación con España, cf. V. CIAN, *Italia e Spagna nel secolo xviii*, Torino, 1896, pp. 209-222.

cadia⁹, amantes de las antigüedades y defensores a ultranza de la cultura arqueológica y neoclásica romana.

El objetivo de estos redactores era el de proporcionar a sus lectores todas las novedades que se publicaban tanto en Roma como en otras cortes europeas; de este modo implícitamente les brindaban la oportunidad de poner en contacto y de comparar la cultura italiana con la europea a la par que los hacían partícipes de los nuevos descubrimientos científicos y del progreso de los estudios y de las letras. Su gran deseo era el de “entretener con aplicación” a sus lectores y que en cada número del periódico “gli amatori delle cose gravi egualmente che delle leggere o delle erudite” encontrarán algún libro que les pudiera interesar. Consideraban además que las *Effemeridi* podían servir de punto de partida para investigaciones futuras.

Su propósito a la hora de redactar sus artículos es no limitarse a resumir las infinitas *Novelle letterarie* en circulación; optan por el camino más árido y difícil, pero más verdadero e inmediato, según manifiestan en el prefacio del periódico: “leggendo in fonte i libri, che abbiamo riferito, per darne con sicurezza quell’idea, che ne prendevamo noi, e che la brevità dello spazio permettea unendola al nostro franco giudizio”¹⁰; pretenden además que sus críticas sean objetivas e imparciales, de la misma manera que ellos miran a sus críticos no como “giudici ma quali sinceri e liberi pensatori”.

De esta manera caen en el mito del objetivismo, tan frecuente entre los periodistas de la primera mitad del siglo XVIII. El ideal de impersonalidad que persiguen es tan fuerte que les lleva a la pretensión de crear una ideal zona neutra inatacable por el cambio de las opiniones y de las críticas subjetivas, ideal que después en la práctica no podrán respetar y del que se irán alejando a medida que penetren los fermentos iluministas.

Las *Effemeridi* se convierten inmediatamente en la fuente más representativa y de más autoridad de la expresión de la cultura iluminista romana, pero, ya desde los primeros números del periódico, se dan cuenta de que necesitan otra revista paralela donde poder publicar la parte del material que no tiene cabida en las *Effemeridi*. Dos años más tarde, en 1774, como complemento y soporte de las *Effemeridi*, el mismo Bianconi idea y funda la *Antologia Romana*¹¹, de menos divulgación y con carácter más científico, en la que, amén de las reseñas, publican artículos y partes de obras que a su juicio merecían ser conocidos por sus lectores

⁹ Para la lista de los Arcades, cf. A. M. GIORGETTI VICHI, *Gli arcadi dal 1690 al 1800. Onomasticon*, Roma, 1977.

¹⁰ *Effemeridi*, 1772, t. 1. De ahora en adelante todas las referencias a las *Effemeridi* aparecerán integradas en el texto entre paréntesis: en números romanos va el tomo, seguido del año de publicación y de las páginas.

¹¹ L. FELICI, “Il giornalismo romano. . .” Existe una tesis de licenciatura que no he podido consultar, de R. M. ROCCHI, “*L’antologia romana*” (*dall’anno 1774-1798*), Facoltà di Lettere e Filosofia, Roma, 1972-1973.

más detalladamente de como se tratan en las *Effemeridi*. Su deseo, según expresan en el prefacio (I, 1774), era el de “divertir e instruir”.

Como era inevitable, dado su carácter internacional, las *Effemeridi* fueron conocidas también en España. Cladera las incluía entre las fuentes de información de *El espíritu de los mejores diarios que se publicaban en Europa*¹², y algunos años más tarde, el Padre Juan Andrés, en una carta a su hermano Carlos Andrés, resumía su historia comparándola con la de la *Antología*. Para él, las *Effemeridi* no “son más que una gaceta o un diario literario como tantos otros, las noticias de los libros son breves y no llegan a dar aquella completa idea de la obra que suelen dar otros diarios”¹³.

El objeto de nuestro estudio es examinar las reseñas de los libros publicados en España que aparecen en las *Effemeridi Letterarie di Roma* en el arco de tiempo que va de 1772 a 1798, fecha en que, con la proclamación de la República de Roma, se dejan de publicar tanto las *Effemeridi* como la *Antología*.

Los editores presentan las reseñas en dos columnas; en primer término, en mayúsculas, con un cuerpo mayor va el nombre de la ciudad donde se ha impreso el libro: Madrid, París, etc.; debajo, en cursiva, el frontispicio —si el libro está escrito en otra lengua que no sea la italiana o la latina, las primeras cuatro o cinco palabras del título van en la lengua original, y a continuación traducen al italiano todo el frontispicio, incluido el nombre del autor o traductor—, a lo que añaden el pie de imprenta completo y las medidas.

Al ser todas las reseñas anónimas, es importante saber, en el grado que nos sea posible, quiénes son los colaboradores; a través de las reseñas podemos conocer sus puntos de vista, ellos son los que filtran y ponen de moda los gustos de la época, sin olvidar que tienen que satisfacer a un público a quien dirigen el mensaje. El mero hecho de elegir un libro y no otro es ya una forma de preferencia guiada por el contenido o por la forma, a lo que hay que añadir, para no caer en el error, hipotéticos compromisos y recomendaciones; de igual modo el espacio que dedican a la reseña de cada libro es el producto de los estímulos que éste proporciona al autor de la reseña, por lo que nos parece importante tenerlo en consideración a la hora de examinar los textos.

El espacio dedicado a los libros españoles suele ser de uno o dos artículos; los casos de mayor relieve que hemos encontrado son todos muy significativos: Antonio Eximeno, Jorge Juan y Antonio Ponz.

“Dotto e pieno di belle cose esposte con ciceroniana eleganza” consideran el *De studiis philosophicis et mathematicis*, Madrid, 1784, de A. Exi-

¹² M. D. SÁIZ, *Historia del periodismo en España*, I. *Los orígenes. El siglo xviii*, Madrid, 1983, p. 191, nota 39.

¹³ La carta fechada en Parma a 15 de enero de 1801 [sic] contestaba a la pregunta hecha por su “amado discípulo y amigo Don Joseph Ferrer”, *Cartas del Abate D. Juan Andrés a su hermano Don Carlos Andrés en que se le comunica varias noticias literarias*, Valencia, 1800, pp. 194-196 y 211.

meno, al que dedican cuatro largos artículos (XVIII, 1789, pp. 254-256, 262-264, 270-272 y 277-280). “La più sublime opera del nostro secolo”, escriben a propósito de los dos primeros tomos del *Examen marítimo teórico practicum*, Madrid, 1771, de J. Juan, al que dedican cinco artículos (I, 1772, pp. 280, 286-288, 293-295, 343-344 y 351-352). Por lo que concierne al *Viaje de España* de A. Ponz, a medida que van apareciendo los tomitos, los redactores dan cuenta a sus lectores de la “útil e diligente opera” (II, 1773, pp. 23-24, 311-312 y 317-319; V, 1776, pp. 118-120 y 134-136; VII, 1778, pp. 134-136 y 141-144) y hasta publican un resumen con los puntos clave de la carta de R. Mengs incluida en el t. VI del *Viaje*. Justifican esta presencia porque las reflexiones del “ocioso cerebro” de Mengs no son las de un “ocioso filósofo” que tiene ganas de escribir un libro, sino el resultado de un obstinado estudio. Desean vivamente, además, que la carta se vuelva a publicar en Italia en una traducción más fiel y exacta de la que apareció en Turín¹⁴, que tan poco gustó al autor, con el preciso fin de que sirva de enseñanza a los profesores y aficionados en esta materia que tanto abundan en Italia.

La insistencia en esta carta de Mengs, los comentarios al *Viaje* de Ponz y a la adaptación que de él hizo A. Conca, *Descrizione odeporica della Spagna*, Parma, 1793 (XXIII, 1794, pp. 252-255), así como los numerosos artículos en que defienden a Winckelmann, el amigo y protegido de Bianconi, de la polémica con el escultor francés Etienne Falconet —sobre este asunto volverán al comentar otra carta en la que Mengs toma partido por Winckelmann, incluida en las *Opere di A.R. Mengs*, Parma, 1780 (X, 1781, pp. 62-64, 69-72, 75-78 y 85-88)— ponen de manifiesto una vez más la importancia que concedían a las bellas artes, y su mentalidad puramente neoclásica.

En contraste con estas reseñas tan escrupulosas y concienzudas tenemos tres, todas ellas de 1794, en que dan la noticia escueta de la aparición del libro y un resumen muy esquemático y somero del contenido, como por ejemplo el tomo 3 del *Diario de los nuevos descubrimientos*, Madrid, 1793 (XXIII, 1794, p. 72), la *Filosofía de las costumbres*, Madrid, 1793, de Isidro Pérez de Celis (XXIII, 1794, p. 191) y *Cl. Hispaniensium atque exterorum epistolae, cum praefactione*, Madrid, 1793, de Ignacio Asso (XXIII, 1794, p. 224). Estas breves indicaciones no osamos atribuir las solamente a algún supuesto bache de los muchos que ha podido atravesar la revista, porque en este mismo año anuncian al público “con grande piacere” el tomo 1 de la *Historia del Nuevo mundo*, Madrid, 1793, de Juan Bautista Muñoz (XXIII, 1794, pp. 245-248) en el que con una minuciosidad casi newtoniana dan el resumen de todos

¹⁴ *Lettera di Don Antonio Raffaello Mengs, primo pittore di Camera di S. M. C. a Don Antonio Ponz, tradotto dell'originale spagnuolo*, Stamperia Reale, Torino, 1777. En efecto, se volvió a traducir unos años más tarde: *Una lettera di Antonio Raffaello Mengs a Don Antonio Ponz sopra il merito de' quadri del Real Palazzo di Madrid*, en *Antologia dell'arte pittorica*, Augusta, 1784, pp. 203-242.

los archivos que el autor ha tenido que consultar para escribir su obra, elogian su trabajo y método en estos términos:

non ha perdonato a diligenza, o fatica alcuna unire e preparare i materiali più opportuni e preziosi, e quindi per ideare, pulire e dare il maggior compimento possibile al suo lavoro, non dipartendosi dalle regole dell'arte e dalle leggi fondamentali della storia.

No podemos dejar de mencionar lo que pudiéramos llamar quizá un despiste de los redactores en la reseña del tomo I de *Icones et descriptiones plantarum*, Madrid, 1791, de José Cavanilles (XX, 1791, pp. 119-120; XXI, 1792, p. 72). Reseñan la obra con sus debidos honores y elogios el mismo año de su publicación (XX, 1791, pp. 119-120); al año siguiente (XXI, 1792, p. 72) reproducen una gran parte del texto *ipsus verbis* sin añadir ningún tipo de referencia o comentario, como si fuera la primera vez que aparecía; más tarde (XXIII, 1794, p. 240) dan del tomo II, según sus palabras “un saggio anticipato dell'opera, di cui avremmo occasione di parlarne altra volta diffusamente” y no descuidan de hacer el bien merecido panegírico del autor.

Caso análogo sucede con el *Poema a la pintura*, Segovia, 1786, de Diego Antonio Rejón de Silva, reseñado el mismo año de su publicación (XV, 1786, pp. 375-376). Después de hacer la relación de las obras existentes en esta materia, critican el fuerte nacionalismo de los poetas franceses y alaban al autor español que cita además pintores italianos, españoles y flamencos. Dos años más tarde (XVII, 1788, pp. 366-368) aparece otra reseña del mismo libro, totalmente diferente a la anterior, más completa y crítica, sin hacer ningún tipo de referencia a la primera. Alaban al autor porque ha sabido comentar con corrección, pureza de estilo, método, orden y claridad, describir con todas las gracias de la encantadora poesía, los preceptos de la pintura y las más valiosas obras de los pintores.

Para los “effemeridistas” la dificultad de los poemas didascálicos radica en unir el genio y el gusto de la poesía con la aridez y con la precisión de las reglas de arte; por ello habría sido deseable —dicen— mayor elevación en la exposición de algunos cánones, que tachan de prosaísmo; sin embargo “questi piccoli nei restano affatto oscurati da' soprammentrovati pregi, che allettano, che invaghiscono, che ammaestranon solo gli studiosi della professione ma chi per l'amore alla poesia ne intraprende la lettura”.

El tiempo que transcurría entre la publicación del libro y la de la reseña era por lo general de un año, aunque existen excepciones: nueve de las reseñas aparecieron el mismo año de la publicación de la obra, seguramente por la diligencia de los mismos autores o por la de sus amigos italianos; entre ellas destacamos: *Fábulas literarias* de T. de Iriarte (XI, 1782, pp. 254-256), las *Poesías* de J. Meléndez Valdés (XIV, 1785, pp. 239-240), las *Ordenanzas de las armadas navales* de A. Capmany (XVI, 1787,

pp. 261-264), los dos primeros tomos de las *Cartas familiares* de J. Andrés (XVI, 1787, pp. 302-304), la *Comedia nueva* de Moratín (XXI, 1792, pp. 198-200) y *De studiis philosophicis et mathematicis* de A. Eximeno, que acabamos de citar.

El grupo que supera el año es mucho menor; dos de ellas coinciden con la aparición de las *Effemeridi* y por lo tanto avalan la importancia que les atribuían los articulistas: *La regia bibliotheca matritensis codices graecis* de J. de Iriarte, publicada en 1769 y reseñada en 1772 (I, 1772, pp. 62-64); la *Biblioteca arabigo-hispana escurialensi* de M. de Castro, publicada en 1770 y reseñada en 1772 (I, 1772, pp. 247-248), el *Theatro histórico crítico* de A. Capmany, publicado en 1786 y reseñado en 1788 (XVII, 1788, pp. 399-400) y las *Memorias históricas* de A. Capmany, publicadas en 1779 y reseñadas en 1781 (X, 1781, pp. 230-232, 238-240 y 246-248).

A diferencia de los libros de otros países, donde no faltan las reseñas negativas, los libros españoles en mayor o menor grado les sugieren críticas muy positivas y puntuales, excepto en las *Noticias americanas*, Madrid, 1772, de A. de Ulloa, el colaborador de J. Juan, a las cuales, no obstante, les dedican dos artículos (II, 1773, pp. 238-240 y 242-243), valorando su contenido: “pieno di utili verità, di rare e belle notizie ed è frutto di lungo tempo, di accuratissime osservazioni, e di ostinata fatica”, cualidades que por lo general aman resaltar. Basándose en que cualquier contenido es asimismo materia literaria, no dudan en criticar la forma en estos términos: “avremmo in lui desiderato stile migliore, più metodo, più ordine e non tanta confusione di cose”.

No comparten el modo con que el autor examina algunos temas, por ejemplo la trata de esclavos, objeto de grandes polémicas en estos años, al que los “effemeridistas” son muy sensibles y que abordan en sus columnas siempre que tienen ocasión. No pueden por menos de criticar y de tachar de “patética”, que honra sólo el ánimo del autor, la descripción que en esta línea hace Ulloa de los sufrimientos de los esclavos negros de las minas; habrían deseado —dicen— que hubiera investigado más profundamente su mitología y que no se hubiera dejado deslumbrar por algunos prejuicios que se oponen a la santa filosofía y a la literatura postulando los nuevos conceptos de investigación frente a actitudes tradicionales.

Tampoco comparten el modo de hacer las descripciones y observaciones de la niebla de Perú, habrían deseado que fueran más minuciosas y detalladas. El artículo termina con la consabida frase ritual: “malgrado questi nei, l'opera è bella, utile, erudita, e una seconda edizione potrebbe renderla più degna del nome e de'talenti dell'illustre suo autore”.

En contraposición, a nuestro juicio, quizá la crítica más positiva es la del *Examen marítimo* de J. Juan, ya citado; a los dos primeros tomos dedican cinco artículos. En la obra, afirman, se establecen los principios con simplicidad, con precisión y con elegancia; la juzgan una de las obras más sublimes del siglo, que honra a España, y no tiene nada que envi-

diar al nivel que han alcanzado otras naciones en las ciencias. Llegan a colocar al autor a la altura de los primeros matemáticos del siglo, sugieren que esta preciosa obra se conozca profundamente y se imite.

Los índices que aparecen al final de cada tomo con los nombres de las ciudades donde se han impreso los libros reseñados podrían indicarnos cuáles son a los ojos de los "effemeridistas" los centros de cultura neoclásica de más producción. Si de éstos entresacamos a los españoles, verificamos que es Madrid la ciudad española que mayor número de veces aparece; está siempre presente, excepto en 1775, 1777, 1784, 1793, 1797 y 1798, pero por supuesto no en la medida en que aparecen Londres, París, Nápoles, Roma y Venecia. Aparecen también otras ciudades españolas con un libro cada una: Málaga 1797, Murcia 1778, 1790, Scgovia 1781, 1785, 1786, 1788 y 1789, Valencia 1781, 1793 y Zaragoza, 1786 y 1794.

El escaso número de reseñas de libros publicados en España en relación con otros países contrasta, como acabamos de señalar, con lo positivas y halagüeñas que son casi todas ellas. La razón quizás la podemos encontrar en una de las reseñas del *Viaje de España* de Ponz. Los "effemeridistas" seguramente consideran que eran pocos los libros publicados "más allá de los Pirineos" a nivel europeo y dignos de aparecer en el periódico romano y se justifican con estas palabras:

Il poco numero de'libri spagnuoli, de'quali si è per noi fatta menzione nelle nostre Effemeridi è troppo compensato dal pregio singolare de' medesimi i quali veramente fanno onore a quella illustre nazione ed al secolo (II, 1773, p. 23).

Otra vez también los "effemeridistas" se lamentan, a la vez que se justifican, de la escasez y falta de noticias, achacando la culpa a los mismos españoles. Escriben a este propósito:

Per la mancanza di tali fogli [literarios] siamo privi noi italiani di molte notizie intorno alle opere che si stampano nella Spagna [. . .] ed a torto lamentarebbonsi gli spagnoli che il merito degli scrittori loro no sia meta dagli stranieri in vista del mondo quando da loro stessi vien trascurato e solo ci vien fatto di averne contezza per qualche accidente (IX, 1780, p. 62).

En estas líneas denuncian implícitamente el aislamiento y retraso con que España se iba acercando a Europa, hasta en la organización de la propaganda de algo tan sencillo y tan importante en este siglo de las luces como eran las noticias literarias a través de las gacetas, mercurios, correos y diarios.

A estas reseñas de libros publicados "más allá de los Pirineos" en cierto modo se pueden añadir las numerosas obras de autores españoles

publicadas en Italia y las de autores como P. Napoli Signorelli, G. Conti, P. Giannini y G. Cerutti, que vivieron durante varios años en España y cuya producción a veces se publicaba en ambos países¹⁵.

Son los mismos "effemeridistas", cada vez que se les brinda la más mínima oportunidad, los que gustan recalcar la "patria" de los españoles residentes en Italia acompañándola de epítetos siempre glorificadores. Exaltan el bien y la utilidad de sus libros en Italia, tanto que todas sus reseñas las podríamos considerar como apologías de España y de los españoles, en estos años en los que la Península era el centro de feroces polémicas.

Como es lógico, las referencias a la patria, gran tópico del setecientos, aparecen plasmadas innumerables veces en las columnas de las *Effemeridi*. Quizá los redactores eran llevados por las polémicas que despertó en 1782 el artículo sobre España de Nicole Masson de Morvilliers, publicado en la *Encyclopédie méthodique*, en el que entre las tantas denuncias y acusaciones se preguntaba: "Mais que doit-on à l'Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?"

Los "effemeridistas" toman posiciones bien claras respecto al descrédito de España en el extranjero, aunque indirectamente. Por ejemplo en los siguientes términos: Noi non abbiamo acconsentito giammai alla sfavorevole opinione che della cultura spagnola portarono alcuni scrittori nostrali, poco versati nella storia letteraria e politica di quella rispettabile monarchia.

Las reseñas cumplen perfectamente con el objetivo de la revista, el informar de las obras que se publicaban en Europa, con lo que demuestran interés hacia la producción extranjera, acompañado por un profundo deseo de conocer mejor y de perfeccionar la literatura nacional. Los mismos redactores son conscientes de sus límites, a juzgar por lo que dicen en la reseña de las *Obras poéticas* (IX, 1780, pp. 62-64) de V. García de la Huerta:

L'uso de' nostri fogli periodici, per quanto sia da taluni o criticato, o temuto, rende nondimeno al pubblico l'importante servizio di farlo consapevole delle opere, che tutto di si danno alla luce, acciocchè, secondo il merito delle medesime, e le materie che trattano, ciascun possa provvedersi di quelle che a'souì studi più si convengano.

Teniendo en cuenta que el destinatario es extranjero, necesitan una presentación del autor biográfica y bibliográfica; éstas suelen ser precisas, claras y concisas, y hacen referencia al cargo que desempeñan; en el caso de que algunas de sus publicaciones hayan aparecido anteriormente en las *Effemeridi* las señalan. La mayor o menor abundancia de estos datos biográficos se debe por lo general a los proporcionados por

¹⁵ Publicaremos una lista completa de los libros españoles aparecidos en las *Effemeridi*.

la obra que reseñan; esto se ve muy claramente en J. de Iriarte: en la primera reseña que aparece de *Regiae bibliothecae matritensis codices graeci* (I, 1772, pp. 62-64) alaban su trabajo en modo sublime, mencionando su fallecimiento. En el artículo que dedican a los dos tomos de sus *Obras sueltas* (III, 1774, pp. 183-184), publicadas póstumamente por sus amigos, dan una biografía íntegra y detallada, tan completa que abarca casi todo el artículo, a la que sigue una somera descripción del contenido. Terminan la reseña abordando las cualidades tanto intelectuales como humanas de Iriarte, lo que bien puede servir como muestra de sus opiniones sobre otros muchos autores. He aquí el juicio:

Spira in tutti codesti componimenti facilità, gusto e filosofia, ed anche nelle piccole cose il N.A. si dimostra uomo grande e ben degno, per le sue rare virtù morali, degli elogi di chi ha presieduto a codesta veramente magnifica ed elegantissima edizione.

Los datos biográficos del autor aparecen generalmente acompañados de un juicio de valor: “poeta degno d’annoverarsi tra i ristoratori del buon gusto”, dicen de V. García de la Huerta; no menos halagüeñas son las palabras que dedican a A. Capmany, del que ya en otras ocasiones habían exaltado su “applicazione, al suo buon gusto e a suoi molteplici talenti de’quali egli spesso ci offre delle riprove comuni”. Moratín, autor de la *Comedia nueva*, “piccola bensì, ma piacevole, saporita e ben regolata commedia”, les sugiere un juicio de lo más esperanzador para la literatura española, y sin duda también para él, cuando lo leyera, porque claramente le preparaba el camino para entrar de académico en la Arcadia, como realmente sucedió en 1793:

Si sa persino in Italia ch’egli è Don Leandro Fernández de Moratín, giovane poeta d’alte speranze, ch’ei non ha tralasciato di vieppiù confermare con parecchi lirici componimenti dati in luce ne’ quali espressa si vede l’antica originale sembianza del castigliano verseggiare (XXI, 1792, pp. 198-200).

La tipografía es otro punto clave en las recensiones, que bastaría para escribir un artículo. Alaban y ensalzan una y otra vez los ingenios españoles y la magnificencia de Carlos III que ha sabido llevar a la perfección y cultivar la fineza del arte tipográfico. Una buena muestra de ello es el *Reglamento y aranceles reales para el libre comercio de España con las Indias*, Madrid, 1778 (VIII, 1779, p. 143), que según ellos merecía que se anunciase y se diera a conocer sólo por su impresión tipográfica, “saggio non equivoco de’rapidi progressi”.

Consideran que en España hay gran sensibilidad hacia el aspecto físico que presenta la edición; siempre ponderan el fino papel, la niti-

dez y la disposición de los caracteres, la gracia y la finura del dibujo de los grabados, en manera especial los realizados en cobre. Destacan entre todos los ejemplos la traducción de Salustio del infante Don Gabriel (II, 1773, pp. 86-88 y 94-95). A la edición de F. Pérez Bayer, publicada en Valencia en 1781: *De Nummis Hebraeo-Samaritanis* (X, 1781, pp. 198-200, 204, 213 y 222), dedican también una larga lista de elogios que pudiéramos considerar como un resumen del gusto del setecientos en este arte:

L'edizione, ch'è in 4 grande, per la nitidezza, eleganza, e ordinata distribuzione de' caratteri, per la costante dirittura delle linee, per la discreta ed equabile nerezza dell'inchipstro, per la candidezza, per lo liscio e per la consistenza della carta e per l'ampiezza del margine, in somma per tutto il complesso è sì bella, che tralle stampe finora capitategi nelle mani; e ce ne sono capitate moltissime, è la migliore, confessiamo ingenuamente di non averne veduta l'uguale (X, 1781, p. 198).

Los entusiásticos comentarios de la *Raquel* los estimulan para denunciar la torpeza y la pereza de los tipógrafos italianos, que —dicen— no hacen más que vejar a los autores al no querer publicar más que obras a su costa, publicación que hacen tan mal y de tan mala gana que quitan la intención de comprarlas y de leerlas. Les ponen como buen ejemplo a seguir precisamente a los españoles y en especial al madrileño Antonio Sancha que, además de la perfección con que las obras salían de sus prensas, había abierto un teatrillo en su misma casa, en el que representó la *Raquel* con gran éxito, que se reflejó en la venta de ejemplares.

A la presentación del autor y descripción física del libro sigue, con gran concisión y esquematismo, la relación del contenido, a veces excesivamente escueta, pero siempre orgánica y funcional, dado su objetivo informativo que ya hemos señalado. Los juicios emitidos son siempre indicio del entusiasmo por las contribuciones originales y por las novedades que aporta el autor al tema tratado. Los "effemeridistas" examinan el estado de esos estudios en su país, relacionándolo con el panorama europeo, a la par que tratan de justificar implícita o explícitamente el motivo de la reseña de la obra.

Haciendo honor a lo que se puede considerar el emblema del siglo, marcan *el bien y la utilidad* de la obra, especialmente para la juventud, demostrando en todo momento una gran fe en el progreso y en el desarrollo de las "gentiles ideas iluministas", acompañada de una afanosa divulgación de la cultura y del gusto.

Los temas de los libros españoles reseñados, como es obvio, están estrechamente ligados a los intereses de los redactores y al objetivo del periódico, por lo que prevalecen los temas científicos: botánica, matemáticas, medicina, historia, filología; dedican muy poco espacio a lo

meramente literario; en cierto modo estas obras avalan frente a Europa el nivel científico y el progreso al que se estaba llegando en España durante el gobierno de Carlos III —el soberano iluminado, le suelen llamar—, a favor del cual no desaprovechan nunca la ocasión para ponerlo de ejemplo al resto de Europa por su eficaz y abierto gobierno que patrocina las mejoras socio-económicas y protege el desarrollo de las letras y las ciencias.

La obra ya citada de A. J. Cavanilles, *Icones et descriptiones plantarum*, según los redactores, coloca a la botánica española en un nivel científico internacional tal que ya no se necesitan en la Península estudiosos extranjeros, en contraposición con la historia natural en la que España es todavía un “país virgen”, no obstante que haya habido algunos escritores que precedieron a la *Introducción de la historia natural*, Madrid, 1775, de G. Bowles traducida por J. N. de Azara (V, 1776, pp. 7-8), traductor conocido —afirman— por su talento, gusto y erudición. Muestran en la traducción el eficaz lenguaje con que está escrita: “cosas y no palabras”, así como comentan los puntos en que Azara discrepa de Bowles. El interés que despierta esta obra viene avalado por la promesa de publicar en la *Antología* los últimos artículos sobre las piedras redondeadas por su novedad y por las bellísimas observaciones que se hacen sobre el lago de Ginebra y el origen del Ródano. En otra reseña se expresan en los mismo términos sobre la traducción italiana de esta misma obra realizada por F. Milizia, que publicó nada menos que Bodoni, Parma, 1783 (XIII, 1784, pp. 61-63).

Alaban las *Instituciones matemáticas*, Madrid, 1785, de A. G. Rosell (XV, 1786, pp. 151-152), que al igual que Newton ha sabido reunir la aritmética y el álgebra en la aritmética universal. Hacen hincapié en que el método seguido por el autor es el analítico, “quello che non solamente insegna ai studenti le cose che loro si vogliono insegnare ma fa si insieme capir loro come sia nato il pensiero o il bisogno di cercare e per quali vie siensi potute ritrovare”.

Caen en el tópico de la resonancia del buen nombre de la patria en el extranjero al vanagloriarse más de la cuenta de que un italiano, P. Giannini, autor de *Opúsculos matemáticos*, Segovia, 1780 (X, 1781, pp. 415-416), sostenga en España la buena reputación italiana, lo mismo que lo hacen en Italia tantos ingenios españoles, y le desean que siga honrando el nombre italiano en un país extranjero, “diffondendo in Spagna il gusto de' profondi studi, ne' quali egli cotanto vale”. El patriotismo es, de hecho, una constante en sus comentarios; así, el *Gabinete de lectura española*, Madrid, 1788 (XVII, 1788, pp. 276-280), de Isidoro Bosarte de la Cruz, se hace merecedor de alabanza porque, junto al buen gusto y perfecto conocimiento de la materia tratada, hace gala de patriotismo.

Honran al siglo más iluminado y suscitan la sorpresa del lector, al saber que fue promulgado en 1354 el código publicado en las *Ordenanzas de las armadas navales*, Madrid, 1787 (XVI, 1787, pp. 261-264), de A.

Capmany. A pesar de ser un tema extranjero —afirman— interesa de igual modo a los eruditos, filósofos y militares de toda Europa; la nación española le tiene que estar inmensamente reconocida por haber publicado un “codice cosi preciso, cosi giusto, cosi adatto alle circostanze dei tempi che nè una delle moderne più rinnomate nazione potra avanzarle un migliore”.

La medicina está centrada en torno a un único autor, el célebre médico de Carlos IV, José Masdevall, descubridor y creador de un método para curar las fiebres pútridas y malignas. Reseñan la obra que, con la explicación de este método, escribió Antonio de Ased y Latorre, *Historia de la epidemia acaecida en la ciudad de Barbastro*, Zaragoza, 1785 (XV, 1786, pp. 141-144), así como la que publicó el farmacéutico Juan Sánchez y Sánchez, *Disertación química médica sobre la opiata*, Málaga, 1797 (XXVII, 1797, pp. 213-214). A estas reseñas hay que añadir la que hicieron de la traducción italiana del método Masdevall del exjesuita Pedro Montaner, publicada en Ferrara en 1789 (XIX, 1790, pp. 219-222) y otra que reunió los opúsculos de otros médicos españoles: G. Sastre Puig, M. Rodon Bell y J. Sánchez que trataban del mismo tema y las publicó con especiales referencias a la aplicación de este tema a la ciudad y provincia de Ferrara (XXI, 1792, pp. 26-29).

Entre las obras históricas, a juicio de los “effemeridistas”, la que cumple con todos los preceptos que según ellos debe poseer una obra de este género: bien escrita, exactitud, buen sentido, gusto e imparcialidad es la *Historia de Gibraltar*, Madrid, 1782 (XII, 1783, pp. 142-144, 150-152 y 157-160) de Ignacio López de Ayala, el primero de los historiadores españoles —escriben— que ha recorrido con felicidad este noble como escabroso sendero; su obra, basada en documentos inéditos, está escrita con gravedad, juicio, claridad, y elegancia; alaban la utilización de documentos inéditos donde se apoya la narración y el fascinante estilo con que están escritas algunas de ellas.

La *Raquel* de V. García de la Huerta, el gran acontecimiento teatral del reinado de Carlos III y la neoclásica *Comedia nueva* de L. Fernández de Moratín, son las obras que representan al teatro español en las *Effemeridi*.

Los minuciosos comentarios que consagran a la *Raquel* ocupan casi todo el espacio dedicado a los dos tomos de las *Obras poéticas* de su autor, Madrid, 1778 (IX, 1780, pp. 62-64) y hasta dan cuenta, acompañada de grandes elogios, de la traducción italiana: *Rachele, tragedia spagnuola di. . . tradotta in versi italiani da D. Pietro Garcia de la Huerta, e da lui dedicata all'autore*, Bologna, 1782 (XI, 1782, pp. 411-413).

Destacan que además de modelarla según los cánones clásicos griegos, el autor ha sabido, como debiera hacer todo poeta que se precie de tener buen sentido, injertar las costumbres de la nación y de la época que la ha inspirado. La presentan con tonos de “manifiesto”: un nuevo modo de hacer tragedia, alejándose del fecundo Lope y del culto Calderón tan propicios a la invención y a la transformación, a la incoheren-

cia de tiempo y lugar. Llegan incluso a alabar, más que perdonar, el extremismo rígido con que el autor obedece a la regla aristotélica "para vencer un vicio conviene extralimitar su opuesto".

A Moratín lo ven como el gran reformador del teatro español, la *Comedia nueva* (XXI, 1792, pp. 198-200) sirve de aval a las *Effemeridi* para cambiar la imagen del teatro castellano que desde el siglo XVIII circulaba en Italia incluso entre los hombres de cultura, en donde no existían poetas dramáticos dignos de estima y sus producciones eran calificadas como "monstruos". El joven Moratín, a juicio de los articulistas, posee el gran mérito de haber conservado en toda su obra el precepto tan recomendado por Horacio *simples et unum*, la acción dividida en episodios fáciles rechaza en todo momento los heterogéneos y extraños accidentes tan característicos en las comedias de sus paisanos; demostrando siempre claridad y precisión. Notan además que los caracteres de los personajes están inspirados en la vida real con una gama de matices no indiferente.

Para que fuera más visible la *vis comica*, ausente en Terencio y tan característica en Molière, les habría gustado que resaltara más el carácter de don Eleuterio, fácil de perfilar dándole un temperamento más irritable y susceptible, a la vez que empeoraba el humor del paternalista don Pedro; si se les hubiera puesto más a menudo en contraste, junto con la sangre fría de don Antonio, se habrían producido situaciones más vivas y ridículas y de más efecto en el público. No obstante estas críticas, no pueden negar que las usanzas de los personajes no estén retratadas con gran "verdad y parecido". Destacan además la espontaneidad del diálogo y el arte con que está realizado, así como su locuacidad, que expresa perfectamente los idiotismos y gracias del lenguaje de Madrid.

Para los "effemeridistas", T. de Iriarte en las *Fábulas literarias*, Madrid, 1782 (XI, 1782, pp. 254-256) y en la *Música*, Madrid, 1779 (IX, 1780, pp. 206-208 y 214-216), es el encargado de recordar a sus connacionales la perfección de Boscán y Garcilaso. Se sienten entusiastas con las *Fábulas* por su novedad, planteamiento y ejecución, y declaran abiertamente su incapacidad de trasladar al italiano la propiedad, la elegancia y las gracias características del habla española con las que están aliñadas las *Fábulas*. Creen que la mejor manera para que el lector pueda darse cuenta de su gran valor es esbozar algunas y eligen las siguientes: 2, 5, 7, 8, 10, 22, 24, 36, 41, 49, 56, 57 y 67.

El poema la *Música* lo consideran lleno de gracia y de genio; desean vivamente que se traduzca al italiano porque, al igual que hizo Horacio con la *Poética*, Iriarte da las reglas de la música, que ciertamente podrían servir para afianzar el buen gusto, que por desgracia estaba en decadencia, entre los profesores de música.

No podía pasar desapercibida a los "effemeridistas" una figura de las dotes intelectuales y poéticas de J. Meléndez Valdés. Su "graciosa y gentil colección" de *Poesías*, Madrid, 1785 (XIV, 1785, pp. 239-240)

es suficiente para avalar la última revolución acaecida en la poesía castellana, en que ha vuelto a los sanos y verdaderos principios. En estas poesías —escriben— los pensamientos y sentimientos se muestran al mismo tiempo naturales y nobles; su estilo, sin ser gigantesco como el de Góngora y sus seguidores, no es prosaico ni plebeyo como el de tantos contemporáneos suyos; en definitiva ofrece un completo muestrario de estilos entre los que destacan las anacreónticas, por su forma como por su contenido; canciones y sonetos amorosos tan platónicos y sostenidos que Petrarca hubiera sido digno autor de ellos; odas del más elevado y pindárico estilo. Para dar una muestra a los lectores de la elegancia y delicadeza de su pluma reproducen el soneto “Suelta mi palomita pequeña”, del que incluso dan la traducción italiana.

La famosa antología bilingüe de G. Conti, *Scelta di poesie castigliane tradotte in verso toscano*, Madrid, 1782 (XII, 1783, pp. 333-336 y 341-344) desempeña el papel de cancelar la idea superficial que se tenía en el extranjero de la poesía castellana, principalmente en el siglo XVIII —afirman—, con la imposición de la lengua y la literatura francesas, recalando y marcando que la poesía castellana ocupa uno de los primeros puestos entre las poesías más cultas vivientes; haciéndose portavoces de las palabras del mismo Conti, declaran que en la poesía española han encontrado odas escritas con el entusiasmo y gusto horacianos, estrofas con la gracia anacreóntica, canciones que tienen la nobleza y la gentilidad petrarquescas y sátiras incisivas con la acidez de Juvenal.

V. García de la Huerta demuestra su genio poético al haber sabido apartarse de los defectos y vicios de los poetas españoles que florecieron en tiempos de Felipe IV a la vez que ha sabido seleccionar, al igual que el trigo entre la cizaña, los *romances* en los que Góngora es el sumo maestro; no dudan en decir que si hubiera vivido un siglo antes habría sido sin lugar a dudas el Píndaro del Parnaso castellano. Estos romances gongorinos se distinguen y caracterizan por su gallardía, amenidad de expresión, variedades métricas, vivacidad de pensamientos, características que con tanta perfección y belleza ha sabido imitar García de la Huerta.

Estas reseñas de libros publicados en España y dirigidas a un público de una metrópoli tan cosmopolita como Roma, representan las obras que, a juicio de los “effemeridistas”, ligados a la segunda Arcadia, sirven de aval al progreso y revolución de las ciencias, artes y letras acaecido en España a lo largo de los gobiernos de Carlos III y Carlos IV, y el gran esfuerzo realizado por los intelectuales españoles para poder cruzar dignamente los Pirineos y colocarse a la altura de Europa por sus estudios e investigaciones sin la ayuda de colonizadores científicos extranjeros.

Son efectivamente las mismas reseñas y los vocablos utilizados en ellas los que mejor representan los gustos y preferencias de los redactores, no sólo en la elección de los temas de los libros, sino también en los métodos utilizados por los autores: traducción exacta de la realidad

observada, realizada con precisión y propiedad para ser útil e instructiva, junto con la belleza, vehículo fácil, simple, sencillo y claro.

Además, a través de los comentarios que nos ofrecen en muchas de ellas podemos saber su actitud respecto a la cultura francesa y su postura ante los continuos ataques y acusaciones a España, fraguados a lo largo de casi todo el siglo y que culminaron con las feroces polémicas a raíz de la publicación del artículo de N. Masson aparecido en la *Encyclopédie méthodique* en 1782.

BELÉN TEJERINA

Università della Calabria.